

CAMINOS DE REVITALIZACIÓN 2011-2015

El Proyecto de Revitalización: “*La Vida de la Juventud: Un camino de Discipulado y Misión*”, asumido por la Pastoral de la Juventud Latinoamericana, continua su caminar tras las huellas de Jesús, en respuesta a la invitación de la Misión Continental, en la concreción del Reino de Dios nos invita, en este año 2012, a visitar la ciudad de Nazaret:

¿Vamos para Nazaret?

Conmoverse, caminar con... y cuidar: la espiritualidad y la mística de María y de Jesús.

Tras las huellas del Divino Maestro, desde que salimos de “Emaús” (2008), uno de los lugares de la revelación de Jesús resucitado, que continua caminando entre los hombres, solidarizándose con su realidad (Lc 24, 13 – 35) – pretendemos llegar hasta Jerusalén: lugar del Misterio Pascual, donde ¡la Vida triunfó sobre la Muerte!

Nazaret de la familia de Jesús: cuna de valores humanos y espirituales

¿Conmoverse, caminar con... y cuidar!

Los relatos de la infancia de Jesús (Mt 1 – 2; Lc 1 -2) nos informan que la familia de Nazaret era profundamente religiosa. Observantes fieles de las prescripciones de la Ley judía, los padres de Jesús cumplen tres ritos importantes, después del nacimiento: la circuncisión – rito de integración de los nuevos miembros a la comunidad israelita en el octavo día de nacimiento, momento en el cual el niño recibe el nombre de “Jesús”, cuya etimología quiere decir “Yavé salva” (Lc 2, 21); la consagración del primer hijo a Dios, lo que debía ser rescatado por medio de un sacrificio y la purificación de la mujer, cuarenta días después del parto (Lc 2, 22-24). Según el evangelio de Lucas, la familia de Nazaret pertenece al estrato pobre de la población, porque el rito de purificación de la madre exigía la oferta de un cordero al sacerdote y, quien fuera pobre como María y José, podía ofertar dos tórtolas o dos pichones (Lc 2, 22-24; cf. Lv 12, 6-8). Piadosos como eran, los padres de Jesús cumplen en Jerusalén todo cuanto era previsto en la Ley del Señor, antes de volver para Nazaret en Galilea (Lc 2, 39).

Por lo tanto, desde pequeño Jesús crece en el seno de esta familia que tiene “temor de Dios”. Es importante comprender que la familia, en Nazaret, no se reduce a la pequeña casa formada por los padres con sus hijos. Se extiende a todo el clan familiar, agrupado bajo una autoridad patriarcal y constituida por todos los que, de alguna forma, tienen vínculo por parentesco de sangre o por matrimonio. Se comparte el trabajo de cada día así como los

momentos festivos, estrechándose los lazos de carácter social o religioso. Allí la persona encuentra su verdadera identidad. ¡La familia es una bendición de la cual no puede eludirse! Es en este ambiente familiar y religioso que Jesús crece, adquiere fortaleza y sabiduría, y va experimentando la presencia amorosa de Dios como Padre que cuida y protege sus hijos (Lc 2, 40).

¡Que importante es la familia como lugar de aprendizaje de valores! Aunque la mayoría de las familias hoy no se encuadren en el modelo familiar de marido, mujer, hijos e hijas y, sean cada vez más diversificados los tipos y las configuraciones familiares, la familia es nuestra primera comunidad. Es por la protección de los padres o de las personas significativas que asumen esta misión, que se hace posible el crecimiento y el aprendizaje de la convivencia y del relacionamiento con otras personas, del respeto a lo diferente, de la libertad y de la relación saludable con el mundo.

Jesús se forma para la vida, probablemente, jugando con otros niños, colaborando con su trabajo en el sustento de la familia, ayudando a los parientes y vecinos en los tiempos de cosechas y de vendimia, frecuentando con sus amigos las fiestas populares y religiosas de su clan, participando de las caravanas y peregrinaciones para Jerusalén. En Nazaret no había ningún Templo, como en la ciudad santa de Jerusalén en la cual los judíos prestaban culto a Dios y ofrecían sacrificios. No obstante, en Nazaret como en las demás aldeas judías, las personas iban a la Sinagoga donde rezaban y aprendían la Torá – Ley sagrada que identificaba el pueblo escogido y lo distinguía de los pueblos paganos – los gentiles. Otro signo vivo de la identidad israelita o judía era el Sábado, día de descanso absoluto: para las personas, para los animales, para la tierra; día de reunirse con otros fieles, en oración, en la Sinagoga. Con todo, la religiosidad ya brotaba de la propia casa.

Podemos imaginar que, diariamente, como toda familia judía, José, María y Jesús recitaban, el *Shemá Israel*: “Escucha, Israel: Yavé nuestro dios, es el único Yavé. Y tú amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deut 6, 4 -5). El amor total a Dios que penetra la conciencia (corazón), el ser (alma) y la acción (fuerza) era la base de la familia de Jesús. Es el cuidado de esta familia santa: ¡modelo y ejemplo para nuestras familias!

Marcada por la conmoción y por el cuidado, está la escena del encuentro con Jesús en el templo de Jerusalén (Lc 2, 41 – 52). En este texto, fueron recogidas las primeras palabras de Jesús mostrando que toda su misión nace de su relacionamiento filial con Dios Padre. Y tal

misión se concretiza en la vida cotidiana en la que Jesús va aprendiendo a vivir la vida humana como cualquier otra persona. Es el gran misterio de la Encarnación haciéndose presente, aunque no totalmente claro para sus padres (Lc 2, 49-50). Todos los años, los padres de Jesús peregrinaba hasta Jerusalén para la fiesta de la Pascua, o sea, la celebración que mantiene viva la memoria da liberación del pueblo Israel de la esclavitud, en tiempos antiguos, en Egipto (cf. Ex 12). Un hecho inédito sucede cuando Jesús completa doce años – edad que, en el judaísmo, delimita el final de la infancia y el comienzo de una adolescencia madura y responsable. A partir de ahí, el adolescente es considerado apto para observar la Ley de Moisés. Después de la fiesta de la Pascua, Jesús se queda en Jerusalén, sin que sus padres lo notasen. Después de tres días de búsqueda, María y José encuentran a Jesús en el Templo, sentado en el medio de los doctores, escuchando y haciendo preguntas.

Jesús tiene mucho para decirnos, a partir de su relación con las autoridades del Templo: El (la) joven es capaz de proponer, de opinar, de hacer preguntas a los más experimentados, a los “doctores”. De ahí el valor de participar en la construcción de la familia, de la escuela, de la Iglesia, de la sociedad. ¡Un mundo nuevo es posible con la decisiva participación de la juventud! Jesús lo hace, pero no con revuelta, sino con equilibrio, libertad y respeto. ¡Actúa con sabiduría! Y esa actitud lo torna ¡creíble! Lucas afirma: “todos los que lo oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas” (Lc 2, 47).

Al encontrar Jesús en el Templo, sus padres quedan conmovidos (Lc 2, 48). ¡Es el cuidado tierno de la familia que ni siempre es entendido por los hijos! Llena de amor y ternura, María insiste en sus derechos de madre, ciertamente apoyada por José, con discreción y firmeza, reprueba el comportamiento de su hijo. Jesús responde, reivindicando cierta ruptura de los “lazos familiares” por causa de su misión y deja traslucir su consciencia filial en relación a Dios Padre. Es característico del (de la) adolescente y más todavía del (de la) joven, el cuestionamiento, la afirmación de sí mismo, de su identidad. En el caso de Jesús, la autonomía que se va revelando en actitudes viene de su relación íntima e personal con Dios Padre, ¡su *Abbá!* Es la libertad que va brotando de la relación de confianza con Dios, lo que le permite a Jesús reconocer que su misión redentora proviene del propio misterio de Dios. Cuando confiamos en alguien vamos estableciendo relacionamientos cada vez más libres y seguros, porque la confianza genera libertad.

Es lo que Jesús nos revela de la consciencia de ser “el Hijo de Dios”, el Enviado, mismo así Jesús “volvió con ellos a Nazaret, donde vivió obedeciéndolos” (Lc 2, 51). Si Jesús es capaz de obediencia a sus padres terrenos, aunque es “el Hijo Unigénito de Dios”, es porque Él vive el

proceso de crecimiento en la libertad que lo llevará a la total entrega de su vida, por amor, “se hizo obediente hasta la muerte – y muerte en una cruz” (Fil 2, 8; cf. Hch 5, 8).

¡Amadas e amados jóvenes, alimentados por profundos lazos de familia, continuemos nuestra jornada mística y espiritual, abriendo siempre nuestros corazones a Cristo, dejándonos iluminar por las luces del Espíritu y confiados en el amor y la ternura de Dios Padre!

Hna. María de Lourdes Augusta PIDP

Traducción: Hna. Katuska F. Serafín Nieves SJT